

15

Abrió la puerta. Era chiquito, rígido, y adelantaba la cabeza como un boxeador ansioso.

Dijo:

-¿Usted es el médico?

Asentí. Me invitó a pasar de mala gana. Me indicó un sofá donde me hundí entre el polvo, los muelles y las revistas de mecánica.

Dijo:

-Mediquito -y se rió como si no tuviera ganas, como si le fueran a dar convulsiones.

Levanté un dedo para protestar. Me mandó a callar, con un dedo tan rígido como su cuerpo:

-El día menos pensado le dá un síncope a usted. Mediquito que se muere en el calor tropical.

-Más respeto -me defendí arreglando la portada de una revista.

-¿Para quién trabaja usted?

-Quiero curarlo, a su amigo.

-¿Para quién informa usted?

-Le dije que más respeto.

Hizo una bolita con un papel y me la tiró:

-Jí -dijo.

Luego dijo:

-¿Sabe lo que me pasa cuando oigo a gente como usted, gente de voz pastosa y simuladora, voz de camaján republicano? Sí, porque la máquina totalitaria no ha podido acabar con las voces de los camajanes republicanos como usted. Desde que nací no hago más que encontrarme con farsantes. ¿Por qué? Porque este país es un país de farsantes como usted. Aquí todo el mundo es un chulo de cualquier cosa. Usted es un chulo de la medicina, yo soy un chulo de la escritura, R. es un chulo de las arañas, mi padre era un chulo de mi madre y mi madre chuleaba a mi padre... En fin, para qué contar. Mi madre es la primera farsante que conocí. Llevo años tirándole tijeras, a ver si la engancho un ojo y se calla la boca de una vez. Pero no le doy. Como no para de hablar y de moverse, no le doy. El asunto es el siguiente: que si no escribo, tengo que ocupar mi vida en tirar tijeras. Si se miran las cosas bien de cerca, verá que no hay mucha diferencia entre escribir y tirar tijeras. El problema es ver si uno engancha algo. Pero no, casi nunca se engancha nada. Es tan difícil enganchar un adjetivo como enganchar a mi madre con una tijera. Estuve siete años tratando de enganchar para un verso la palabra *trampantojo*. Y no estoy muy seguro de si es o no la palabra correcta. La palabra *centelleante* me costó menos, me costó tres años. Entonces surgió uno de los peores versos que se han escrito en español. Preste oído y sujétese bien:

*mirándose mirar allende el abismo  
trampantojo centelleante vio*

¡Trece años para producir los susodichos versos! Es como pescar en el vacío. Cuando lo ví a usted en mi puerta me dije: Este medicuelo quiere algo. Entonces tuve la idea de que me hubiera gustado engancharle un ojo a usted con una tijera. Así usted se acordaría de mi y yo me acordaría de usted. ¿Sabe por qué él tiene obsesión por las arañas? Porque no tiene obsesión por las tijeras. Si tuviera obsesión por las tijeras no tendría obsesión por las arañas. Es imposible vivir

más de una obsesión si se quiere vivir con la mayor seriedad. Por eso *él* se ha trancado en su cuarto y no quiere salir a ver la verdad. Prefiere soñar. Prefiere vivir obsesiones menores. Un deficiente de espíritu. Usted me mira y dice: Pobrecito, está enfermo. Pero y bien, ¿cuáles son sus perversiones, las de usted, además de “organizar” la información que *él* le pasa por debajo de la puerta? ¿El cine Payret? ¿El Universal? He visto tipos como usted, bajitos, limpios y obsesivos, meterse en los baños del cine para no salir hasta una hora después. A ver si pescan algo, en el baño. Pero no se me ponga bravo, mediquito, medicuelo, medicucho, si usted escribiera o tirara tijeras no andaría por ahí intentando sacarle información a la gente. Le aseguro que para vivir hay que pescar. ¿Vé estos libros húmedos y absurdos? Donde hay libros hay la oportunidad de que aparezca una araña. ¿Ve este mamotreto de Hegel? A lo mejor de aquí sale una arañita y le tiramos una tijera, a ver si la enganchamos por el centro, no tiene gracia engancharla por los hilos. Todo eso previendo que tengamos una tijera a mano. Porque no abundan, las tijeras. A veces no aparece ni una. Aparecen y desaparecen. Como la realidad. Cuando uno no las necesita hay tres o cuatro. A ver si le engancho un ojo a ella, mi madre, el día menos pensado. Si me ve escribiendo no deja de hablar. Primero de flores, luego del verano. Felicidad (porque se llama Felicidad, mi madre, ¿qué le parece?) se viste de blanco y da vueltas por la casa y no para de hablar poniendo flores dondequiera, y se me aparece cuando menos la espero con su andamiaje quitinoso, con su abyecto bamboleo, con su apestoso tabaco en la boca. Si me ve leyendo tampoco deja de hablar. Me dice: Niño, que te vuelves loco. Es una máquina de producir palabras huecas, mi madre. Una vez me dijo que yo llegaría a ser el rey de Nigeria. Me dijo: Niño, prepárate, que algún día llegarás a ser el rey de Nigeria. Y me preparó durante veinte años, me puso collares, me trajo a Gelabert, ese marindango suyo, un adefesio, a que me enseñara el camino de los muertos. Gelabert, ¿quién ha visto un negro que se llame Gelabert? Dios mío, qué confusión. ¿Pero qué puede esperarse de mi madre si hasta Wittgenstein era una máquina de producir confusiones? Oiga usted su afirmación 2.061: “Los estados de las cosas son independientes los unos de los otros.” ¿Quién le dijo eso a Wittgenstein? ¿A quién se le ocurre decir semejante barbaridad, que los estados de las cosas son independientes los unos de los otros? Hay que estar en las nubes para no darse cuenta que ocurre todo lo contrario. Fíjese qué bien

hubiera quedado la frase si Wittgenstein hubiera escrito: "Los estados de las cosas no son independientes los unos de los otros." Eso le pasó porque tuvo un leve pero decisivo desliz cinco afirmaciones atrás, cuando dijo: "La forma es la posibilidad de la estructura." ¿Acaso él no sabía que no hay formas ni estructuras? ¿Usted engancha lo que yo quiero decir? No, no hay tejidos. Sólo hay hilos. Y no hay forma ni hay posibilidad de forma. Ni de estructura. Me sé el *Tractatus* de memoria. Me lo sé porque yo también tuve que escribir el *Tractatus*, a mi manera, claro. Dice la primera afirmación, según Wittgenstein: "El mundo es todo lo que acaece". Como ve, este cuento está mal contado. Es el cuento de nunca acabar. Claro que al final del *Tractatus* se dio cuenta del error que había cometido y dijo: "De lo que no se puede hablar, lo mejor es callarse." Pero mi madre no se calla. Mi madre es exactamente como este país. O mejor dicho, mi madre *es* este país. Una isla de pericos. Pero no una isla de pericos filológicos, como decía Lezama. Simplemente una isla de periquitos. Una Republicuita lenguajera. Una isla de loquitos, de sirvenguentitas. Un perico filológico al menos se engancha con la retórica y produce versos como éste: *Porque habito un susurro como un velamen*. Es de Lezama. Suena demasiado a poesía pero no es malo. ¿Qué es esta isla sino una confusión entre todas sus especies de pericos cabezas huecas, pericos republicanos, pericos lezamescos, pericos estatales, pericos chinos, pericos albinos, pericos tartamudos, pericos y más pericos metidos en la misma jaula? Oiga, oiga estos verso que se me acaban de ocurrir:

*timpantíbiri lunita loca,  
vacuola vaca de laca,  
bajo el cielo nubarrón.*

¿No les gusta? Tiene razón, son malos. Una vez mi madre estaba durmiendo, o hacía como que dormía, mi madre nunca duerme, o más exacto duerme y a la vez no duerme, y le toqué la cabeza. ¿Sabe cómo sonó la cabeza de mi madre? Hueca. Toc toc toc. Hueca como un coco. Hueca hueca hueca. Hueca hueca culeca. Entonces llegué a la conclusión de que el lenguaje estaba en ninguna parte del mundo.

La oficina de Buenaventura da a un patio grande con una mata de coco. Witt, mientras espera a Buenaventura, sigue mirando a través de la ventana. Traen a un prisionero, lo atan a una silla, un soldado sin camisa sube a la mata de cocos y desde allí espera la orden.

Buenaventura llega con su traje blanco. Trae un sombrero de paño, también blanco. Y un paraguas negro que utiliza como bastón. Llega hasta la silla y le dice un secreto al prisionero. El prisionero niega con la cabeza. Buenaventura le hace cosquillas con la punta del paraguas y el prisionero se retuerce de risa en la silla apretando la boca. Buenaventura vuelve a decirle algo a la oreja del prisionero. El prisionero vuelve a negar con la cabeza. Buenaventura le hace una seña al soldado encaramado en la mata y el soldado corta un coco con la bayoneta que lleva en la boca y el coco cae directamente sobre la cabeza del prisionero.

–No nos quiso decir su secreto – le dice Buenaventura a Witt cuando entra a la oficina–. Yo le dije mi secreto y sin embargo él no nos dijo el suyo. Eso no se hace –y coloca el paraguas en el rincón.

Sigue diciendo, mientras estudia a Witt:

–Yo no tengo secretos –y abre los brazos–. Puede usted cachear mis sentimientos, verá que no tengo nada que esconder. ¿Usted tiene algo que esconder?

Witt niega rápido con la cabeza. Buenaventura sonrío y dice:

–¿Le gusta Cuba?

–Un lugar bonito.

–¿Bonito? –Buenaventura parece extrañarse–. ¿De verdad que es bonito? Eso pensaba yo pero ya no pienso así. ¿Alemania es bonita?

–De golpe no –responde Witt.

Buenaventura se asombra:

–¿De golpe no?

Sigue:

–A mi a veces me hubiera gustado ser alemán –dice Buenaventura–. Diría que tengo mi partecita alemana. Mi almita alemana. Escondidita –se toca el pecho–. Tocar piano, crepúsculos, ideas sublimes, esas cosas.

–Como yo tengo mi partecita cubana –se congancia Witt con Buenaventura.

–¿Ah sí? ¿Padece de impaciencia? ¿De alegría inmotivada?

–A veces floto en el aire.

– Un ser inmaterial. Ya comprendo –dice Buenaventura sosteniéndose la mandíbula.

–¿Es necesario romperles la cabeza con un coco? –Witt señala hacia la ventana con aire redentor.

–Los muchachos de este país tienen la cabeza dura. Como un palo. Y para colmo ustedes los alemanes han cooperado. ¿Qué es eso de acabar con la propiedad privada? Y pensar que influirán en esta Isla. Irreversiblemente, como los procesos de la física.

–¿Cómo lo sabe?

–Lo soñé.

–Los sueños son fantasía, capitán.

–Créete eso, niño –Buenaventura acaricia su pistola, luego se rasca pacientemente un pedazo de pierna peluda y blanca–. No hay sueño que no sea verdad. En sueños ya yo mataba a esos muchachones. La realidad es una mala repetición. ¿Cree que disfruto matándolos? No, son mis hijos. Mis hijos descarriados. Son descarriados porque creen que hay que fundar algo. Muchachos de perversa capacidad fundacional. Como si las cosas tuvieran fundamento, menos en esta isla. Isla de corcho. Una isla siempre está a punto de irse al garete. ¿Cómo va a tener fundamento una cosa que siempre está a punto de irse al garete?

Buenaventura se queda mirando una mosca que le da vueltas a una mancha pegajosa de café sobre el buró. Espera a que la mosca se pose y empiece a chupar.

–¿Si la cojo por un ala me da diez pesos? –le pregunta Buenaventura a Witt.

Witt se palpa el bolsillo de la camisa, dice que no los trae, que sólo trae cinco pesos, y los muestra en el aire.

–Me debe cinco –dice Buenaventura y con la misma alarga dos dedos como un rayo y coge la mosca por un ala.

–Una mosca remolona –dice Buenaventura acercándola a los ojos–. El azúcar las vuelve locas.

Cuando la soltó la mosca hizo como que se iba por la ventana pero dio una vuelta en el aire buscando el techo y bajó en picada hasta la mancha. Allí siguió sorbiendo.

–¿Qué vino a buscar a este país? –Buenaventura mira a Witt con los ojos vacíos, los labios abultados como quien habla en sueños.

–Un manuscrito.

–Esto no es Egipto, niño. Aquí no hay nada. No hay pirámides ni manuscritos interesantes. Aquí sólo hay azúcar y moscas bobas.

–En 1902 *aquí* se suicidó el hermano de un filósofo austriaco.

–¿1902? Yo tenía tres años –Buenaventura muestra tres dedos juntos, el dedo corazón se alza desproporcionadamente sobre los otros dos–. Yo empezaba a formarme una idea de la realidad. O mejor dicho, yo empezaba a construirla. La realidad sin mi no era nada. Y usted dice que un austriaco se mató por esos días, aquí. Bonito lugar que escogió. Alguna parte de mi debe de saber algo al respecto. Un punto ciego de mi. Qué pena. También pasaron cosas por esos días. Unas notables y otras pura tontería. Unas salieron por los periódicos y otras se perdieron en la humedad insoportable de esta Isla. Estoy lleno de puntos ciegos. Qué pena que yo no sepa todo ni de mi mismo.

–Sólo quiero su autorización.

–¿Quiere visitar los archivos secretos? ¿Quiere meterse en los sótanos cochinos y oscuros donde guardamos la información sanguinolenta de esta Isla? No se lo recomiendo, usted padece de asma.

–¿Cómo sabe que padezco de asma? –Witt se mueve intranquilo, alargando una mano temblorosa en busca de un cigarro que Buenaventura le tiende.

–Su amiguito lo habla todo en el muelle. Después que se toma dos tragos habla hasta de su madre. Su hermosa madre de Tubinga. Él quiere mucho a su madre pero no a su padre.

–¿Peters ha hablado?

–Por los codos. Incluso dijo cosas que no nos interesaba. Es de ese tipo de gente que cuando empieza no para. ¿Me dijo usted que era austriaco al que buscaba? ¿Y hermano de un filósofo? Los filósofos europeos siempre nos están dando problemas.–Buenaventura enciende un tabaco, se llena la boca y sopla el humo azul. Dice:

–¿Qué quieren *ustedes* de *nosotros*? Aquí no hay nada que fundar. Esta isla no tiene capacidad fundante ninguna. Dinero sí, a veces, y poco, pero capacidad fundante: ninguna. Este país es resultado de una locura europea. ¿A quién se le

ocurre viajar en las condiciones que lo hizo Colón? A nadie. Sólo a un europeo trastornado, como ustedes dos. Los yanquis están locos pero su locura se resuelve de otra manera. Se resuelve con plata y con la ilusión de que todo el espacio les pertenece y le dan forma al espacio con dinero. Pero la locura de ustedes, los europeos, no se resuelve con plata. Quieren dinero pero también quieren *otra* cosa. La metafísica y el dinero no son buena pareja. Y eso no se vale, niño. Por eso preferimos a los yanquis. Fíjese, usted quiere un manuscrito que seguro nadie escribió, y su amiguito quiere un ejemplar de araña que seguramente no existe. Venga usted, que le voy a enseñar una cosa. Pero no se lo cuente a nadie. Nadie le creería.

Buenaventura se levanta, toma a Witt por un codo y lo lleva. Salen de la oficina, suben por una escalerita del pasillo y llegan a un pasillo estrecho con muchas puertas juntas, semejantes y discretas como celdas de enanos.

—Ábreme la 14 —le dijo Buenaventura a un carcelero que se limpiaba las orejas con un palito chino.

El carcelero abrió la 14.

De la 14 salió un aire rancio, potente, que hizo llevarse una mano de Buenaventura a su traje, como para que no se ensuciara con el olor. En la cama había un hombre muy pequeño, y amarillo y frágil como papel para envolver medicinas. Sus ojos brillaban estúpidamente pero detrás de la estupidez había una gota de inteligencia. O eso parecía. Tenía las manos detrás de la cabeza y silbaba. Buenaventura le dijo al hombrecito:

—Dile al visitante cuantos años tienes.

—Un millón —dijo el hombrecito sin dudar.

—¿Un millón sólo? —le dijo dulcemente Buenaventura, mordiendo el tabaco.

—Con dos meses, cuatro días y catorce horas —dijo el hombrecito.

—Y no te llamas Matusalén —le dijo Buenaventura.

—Y no me llamo Matusalen —dijo el hombrecito.

Buenaventura miró a Witt:

—¿Cree que él dice mentira?

—Yo nunca digo mentiras —dijo el hombrecito mirando duramente a Witt.

—Si fuera un mentiroso estaría en la calle —dijo Buenaventura—. La calle está llena de mentirosos. Y él pasaría como uno más. Pero no es un mentiroso, y ese



es el problema, que dice la verdad. Cuéntale tu verdad –le dijo Buenaventura al hombrecito.

–Si se la digo se muere. Del susto –dijo el hombrecito–. Él no está preparado. Ni nadie.

–Cuéntasela, chico –le dijo Buenaventura acariciando al aire viciado de la habitación.

–Soy Dios –dijo el hombre, y miró a Witt sopesando el efecto. Witt asintió amable, eludiendo el olor a orina que venía de la cama.

–¿Tienes alguna prueba? –le dijo Buenaventura–. De lo contrario este europeo se va a pensar que tú estás loco.

–Usted sabe, capitán, que tengo muchas pruebas. Le dije que las llevara al Senado.

–Y no las llevé –dijo Buenaventura un poco airado – ¿Sabes por qué no las llevé? Porque no están preparados para verlas ni oirlas. El espacio público no las resistiría. El espacio público resiste hablar de la zafra o de la Constitución pero no de las pruebas de Dios.

–Usted dijo que iba a llevarlas –dijo nervioso y con una mirada de odio el hombrecito. Se había contraído en la cama y la cara era un fruto seco, oscuro, rugoso. De la estupidez no quedaba nada en los ojos. Brillaban. Pura inteligencia. Pura divinidad.

–Te salen llamas de los ojos –le dijo Buenaventura–. Bonito espectáculo.

–Bonito espectáculo ni cojones– dijo el hombrecito.

Witt tuvo la idea, por primera vez, de mirar por el boquete que hacía de ventana; y vio un barco.

–A veces se ve y a veces no se ve –dijo el hombrecito a Witt–. A veces está vacío. A veces brilla una luz muy fuerte y no puedes mirar. Hay que ponerse gafas. Ven, que te voy decir una cosita.

–Si le arrancas la oreja te mato –le dijo Buenaventura acariciando el arma que guardaba debajo del traje. Buenaventura empujó suavemente a Witt.

Cuando Witt se acercó al hombrecito ya el barco se había retirado del boquete. El boquete había quedado vacío. “Tal vez sea agua. O cielo”, pensó Witt mientras agachaba la cabeza empujada (“o tal vez sea nada”) por la mano del hombrecito, que la atraía hacia sus labios con suavidad. Entonces la boca del

hombrecito se abrió y se cerró junto a la oreja de Witt murmurándole algo.

Cuando Witt volvió a donde Buenaventura tenía la cara blanca y se tambaleaba. El hombrecito ya orinaba certeramente en un orinal.

Cuando salieron afuera Buenaventura golpeó amistoso en el hombro a Witt.

–Un día me lo cuentas –le dijo a Witt, mientras iniciaban la marcha hacia abajo.

–Vaya a ver a Pittaluga –le dijo dándole un papelito a Witt.

–¿Quién es Pittaluga?

–Un sabio. Se dedica lo mismo al estudio de la acromegalia que a la relación entre las vitaminas y la sangre, y por supuesto al estudio del destino. Sangre y destino. ¿Qué más se le puede pedir a un sabio? Pregúntele todo lo que quiera. Unas cosas serán verdad y otras mentiras.

–¿Cómo saberlo?

–Ese es el problema. No hay cómo saberlo. A veces me levanto por las mañanas y me pregunto si estoy vivo. No siempre obtengo la misma respuesta. Primero pensé que era el calor. El calor de este país. Pero ayer nevó y me pasó lo mismo.

–¿¡Nevó!? ¿¡Aquí!?

–Saqué la mano por la ventana y estaba nevando.

–¿No estaría soñando?

–¿Soñando? Nunca sueño, niño. Saqué la mano y estaba nevando. No me diga lo contrario. No me convencería. No estaba soñando. Nunca he tenido la posibilidad de soñar. ❧